

José IGNACIO CASES (editor)
Catástrofes medioambientales. La reacción social y política
 Valencia, Tirant lo Blanch, 2010

El concepto de riesgo vuelve a estar en el candelero. Es por tanto un momento oportuno para reseñar este libro editado hace pocos meses. Este texto, basándose en el análisis del hundimiento en alta mar del buque *Prestige* en las costas de Galicia en 1992, nos plantea la cuestión de la gestión, comunicación, percepción social y política, que pueden ayudar a comprender la dimensión social y política de riesgos más recientes. En concreto en relación con el accidente de la central nuclear de Fukushima, en Japón, que tiene conmocionado al mundo.

Así, el conflicto social y político ocasionado por los riesgos ambientales sobrepasan los límites técnicos y jurídicos, pero también otros conceptuales, territoriales, políticos y morales, y nos obliga a revisar categorías. Cuestiones que se consideraban relevantes y que se suponía que obedecen a determinadas lógicas temporales, espaciales y socialmente determinadas, carecen de sentido ante los grandes riesgos ambientales de los que aquí se está hablando. Ocurre que habitualmente los primeros que acuden al terreno son los especialistas de saberes particulares. Sin embargo, ¿se pueden acortar los riesgos, reduciéndolos a problemas parciales (un problema de bombeo, aspectos jurídicos y normativos, adecuación de protocolos de actuación, entre otros)? El riesgo ambiental no se agota en las explicaciones técnicas. Menos aún cuando son los propios técnicos e ingenieros los que reaccionan ante

los peligros que precisamente han sido producidos por ellos.

Nos precipitamos a identificar catástrofe ambiental con catástrofes natural, cuando el peligro ambiental tiene una dimensión de catástrofe social y política. No tanto por sus consecuencias, como por su naturaleza. Dicho de modo apropiado, al medio biogeofísico poco le importa las catástrofes ambientales; un tsunami o un terremoto forman parte de la naturaleza. Pero decidir construir una central energética nuclear en una zona sísmica, o perforar a determinadas profundidades para extraer petróleo, son riesgos producidos por las propias sociedades, decididos políticamente, legitimados técnicamente, e individualizados jurídicamente.

¿En qué momento las catástrofes naturales tienen resonancias sociales y políticas? ¿Cuándo traspasa lo natural y se convierte en una catástrofe social? Esta se expresa en términos de crisis social, como señala Iván López, aparecen los conceptos sociológicos de diferenciación social, igualdad, conflictos distributivos, en donde la percepción, incertidumbre, seguridad entran a jugar un nuevo papel, al lado de las categorías clásicas del riesgo. ¿Existe un desplazamiento de conflictos? La redistribución frente a la desigualdad, para expresarlo en términos gráficos, no puede abordar la sostenibilidad sin revisar el modelo de crecimiento. El imperativo ecológico exige una revisión de qué significa progreso, prosperidad, crecimiento,

quizá pudiendo disociar, prosperidad de crecimiento, o progreso de competitividad, descubriendo nuevas posibilidades para una sostenibilidad encorchetada conceptualmente.

José Ignacio Cases en la introducción plantea cuáles son las dinámicas de interacción propias de estos conflictos provocados por los riesgos ambientales. En la toma de decisiones y en la adopción de políticas públicas, aparece en primer plano la figura del experto. Es decir, se presenta la imagen de una gestión no política sino "neutral" de la crisis. Supone desplazar la toma de decisiones a instancias fuera de las instituciones.

La catástrofe natural no se convierte en social por el conflicto entre el experto y el crítico o el contra experto. Lo que destapa, para simplificar, el escándalo, son precisamente las declaraciones exculpatorias de los técnicos e ingenieros. Son aquellos que al evaluar los riesgos ponen de manifiesto la infinita distancia entre los riesgos hipotéticos y las seguridades probables.

Mercedes Pardo aborda el tránsito del principio de corrección al principio de precaución, como enfoque preventivo, precisamente para eliminar de raíz la posibilidad del tan utilizado concepto del inevitable riesgo residual. El conflicto social pasa a ser conflicto político en el momento en que se empieza a corroer la confianza en las instituciones que garantizan la seguridad.

Existen paralelismos con otros riesgos. Hemos visto cómo las hipotecas y los bonos basura han actuado como un ácido que disolvía la confianza en los mercados. Las instituciones se desmoronan ante riesgos que se pensaban delimitados temporal, espacial y socialmente. Riesgos que dejan

de obedecer a las lógicas de imputación de responsabilidad, ya que no se dejan explicar por la lógica de causalidad: ¿quién es el culpable? ¿qué responsabilidad tiene? Tampoco es posible establecer medidas de compensación cuando de lo que se trata es de daños irreversibles y no asegurables.

Existe un abismo entre el sistema normativo y jurídico, y el control racional de los riesgos. Quizá el riesgo marginal sea considerado improbable, pero sus efectos son devastadores e incalculables.

El *Washington Post* (Associated Press 2011) señalaba que el coste económico de un accidente de una planta nuclear en Alemania se estima en 11000 millones de dólares. ¿Qué seguro podría cubrir ese riesgo? Por su parte, un estudio de 1992 mostraba que los costes totales ascendían a 5,5 billones, actualizados 7,6 billones de dólares. ¿Cómo es posible el argumento del bajo coste de la energía nuclear? La empresa TEPCO -propietaria de la central nuclear de Fukushima- no tenía seguro contra desastres. ¿Qué automóvil o qué otra empresa puede funcionar sin una cobertura de riesgo?

El libro trata un aspecto que adquiere mayor consideración, a saber, la comunicación. Los hechos objetivos mientras no se comuniquen, por sí solos, no tendrán resonancia social ni consecuencias sociales ni políticas. Ello justifica la actual preocupación por la política comunicativa en la gestión de las crisis ambientales.

Analizando la información facilitada sobre el accidente de la planta nuclear de Chernóbil en 1986, el sociólogo Ulrich Beck (1988) la define como un caso de comunicación malograda. ¿Qué sería entonces una comunicación exitosa? Usualmente

se hace un tratamiento restrictivo de las estrategias comunicativas. La intoxicación real pudiera abordarse desde una desintoxicación simbólica. La normalización administrativa de los riesgos fue la primera reacción tras Fukushima, volver al reglamento vigente de Chernóbil (Ortega 2011). Las campañas agresivas de confianza, sea en el mercado, en la tecnología nuclear, o en la biogenética, busca una estrategia de minimizar y diversificar los riesgos, con la esperanza de que estos acaben por disolverse.

La racionalidad lleva a regular detalles de la vida social, de manera que cuanto más elevadas son las aspiraciones de control y de seguridad, tanto más frágil se hace la Administración ante el riesgo de incompetencia. La canciller alemana Angela Merkel mostraba que la Unión Europea define el tamaño de peras y manzanas pero carece de una política de seguridad nuclear.

El riesgo era una oportunidad, en el caso de la catástrofe del Prestige, para modificar las normas de la seguridad marítima. Estados Unidos salió de la Organización Marítima Internacional (OMI), con responsabilidad civil ilimitada, tras el accidente del *Exxon Valdés*. La Unión Europea sigue las directrices, menos estrictas, como señala Marcos Freijeiro, de la OMI. ¿Prevalcieron los intereses políticos, de liderazgo?

Gerhard Schroeder, canciller alemán, dio la vuelta a las encuestas abordando las inundaciones terribles del 2002. El primer ministro británico Gordon Brown remontaba de sus peores momentos haciendo bandera del cambio climático. Son ejemplos relevantes, pero generalmente la estrategia suele ser otra: evitar resonancias sociales.

Irónicamente, sin embargo, minimizar las consecuencias de la crisis produce el efecto contrario; la administración de los peligros se convierte, de repente, en una puesta en escena de los peligros de la Administración. El “todo está bajo control”, en donde se descarta el peor escenario posible, muestra el caos de la propia Administración.

En la limpieza del vertido del Prestige -como la de *Exxon Valdez*-, suena el mismo eufemismo que en desmantelar la centrales de Fukushima o Chernóbil. La gestión del riesgo encuentra especialistas en la negación del riesgo. No es difícil declarar inocua la radioactividad al comparar ésta en la cantidad de Bq que uno recibe en una radiografía, o comparar la radiación de un trabajador en una situación de emergencia con un vuelo intercontinental.

En un momento de falta de legitimidad política y confianza en las instituciones, de desintegración de las divisiones clásicas entre la industria y la política, los riesgos se convierten en extraordinarias oportunidades, cuando ello, como señala Ulrich Beck (2007), aporta una inesperada fuente de rejuvenecedora legitimidad política.

Los gobiernos enganchados al estado nacional y sus instituciones, no pueden descubrir más que la impotencia que les rodea. En cambio, la politización de los conflictos, el tender alianzas más allá de las divisiones clásicas, incluso más allá de las fronteras, el desarrollar políticas más allá del gobierno y sus instituciones, todo ello crea oportunidades para articular nuevos consensos y aquellas reformas institucionales que permiten abordar situaciones de emergencia.

El que se asienta la política oficial tendrá, en cambio, los días contados.

Los riesgos ambientales globales lejos de generar un vacío de poder, incluso un vacío de sentido, lo que hace es volver a llenar de contenido nuevo la política. No conduce inexorablemente a la despolitización, como se había sospechado por los teóricos, sino a la capacidad de politizar una comunidad que comparte riesgos.

Aquellos gobiernos que, en cambio, su gestión del riesgo nos traspasa las paredes de las instituciones pierden cualquier el resto de legitimidad, y se enfrentarán a todo tipo de respuestas espontáneas. Los grandes riesgos ambientales, a diferencia de los conflictos distributivos en sociedades perfectamente delimitadas, no reconocen límites. Ni las mareas de chapapote ni las nubes radiactivas piden permisos ni visados pasa traspasar las fronteras. Por el contrario, las protestas pueden unir a gobiernos, activistas, consumidores, empresas, con efectos novedosos al politizar una esfera tradicionalmente excluida al ámbito privado, por definición fuera de la vista pública. La política industrial, la tecnología, dejan de ser decisiones privadas y se convierten en ámbitos necesitados de legitimidad pública. Está todavía por escribir una sociología de los conflictos ambientales. En los riesgos ambientales cualquiera puede ser una víctima potencial del mismo.

El caso del *Prestige* y del movimiento social Nunca Más que surgió en toda España, sin una estructura estable y, por ello, con una capacidad de movilizar mayor que la de organizaciones clásicas basadas en conflictos que obedecen a lógicas de interés. No fueron las organizaciones ecologistas sino las plataformas las que organizaron la protesta. Se trata de dinámicas abiertas, capaces de unir más allá

de las fronteras, las clases sociales, las culturas. ¿En qué medida la sociedad civil, sin estar institucionalmente organizada, es capaz de ocupar espacios propios de las instituciones?

Las tareas de limpieza asumidas por Nunca Más es una prueba de ello, pues supuso un compromiso cívico y político amplio. La idea de que es en las sociedades europeas centroeuropas donde existe una conciencia ecológica más desarrollada, queda difuminada al corroborar la capacidad de Nunca Más, entre otros ejemplos como es el caso de la nueva cultura del agua. Se trata de dinámicas, que quizá en apariencia sean de un sujeto débil frente a las expectativas de universalidad del viejo sujeto revolucionario, en donde los nuevos sujetos no son de una pieza, comparten múltiples identidades, como la mejor manera de asumir su propia complejidad. Desde esquemas analíticos rígidos, ha sido habitual considera que este tipo de conflictos no abordan cuestiones de clase, de poder, de estructura social, calificándoles así de reivindicaciones poco maduras o pre políticas.

Chernóbil mostró que vivimos en una casa Europea. Una catástrofe atómica en Japón muestra que compartimos un mismo barco: lo que pasa en Japón tiene consecuencias políticas en el otro lado del mundo, en Alemania. La metodología de la gestión sigue siendo nacionalista; la Organización Internacional de Energía Atómica carece de competencias, ni cuenta con equipos para actuar. TEPCO —la empresa propietaria de la central nuclear— es la que gestiona la crisis. La destrucción ambiental global reclama una democracia cosmopolita. La Cumbre del Clima en Copenhague

mostró que el papel de Naciones Unidas se limita a facilitar que los países, poco dispuestos a asumir compromisos, logren acuerdos de mínimo.

La globalización implica debilitar estructuras estatales, de autonomía, pero detrás del éxito o fracaso de la política neoliberal global, surgen retos y desafíos de cuestiones planetarias, que desbordan el esquema de la política nacional. No sólo la catástrofe de Japón repercute en Alemania, sino que entra en todos los rincones: la protesta e ira irrumpió en la junta de accionistas de RWE, uno de los grandes consorcios energéticos alemanes.

No es lo mismo enfrentarse a las puertas de RWE con ecologistas que con accionistas. No sospechaban que sus propios accionistas pondrían a los consejeros contra las cuerdas. No fue capaz de reaccionar a las consecuencias de Fukushima, sin tener en cuenta los costes para la imagen de la empresa. RWE demandó al gobierno federal alemán por la moratoria nuclear, pensando que defendía los intereses de unos accionistas.

Greenpeace puede doblegar la voluntad de British Petroleum (BP) al poner de manifiesto el vacío de legitimidad de sus acciones. Logró, más allá de las diferencias ideológicas, culturales o sociales, que los ciudadanos realizaran un masivo boicot a BP. Incluso el Canciller alemán Helmut Kohl se sumó, obteniendo rendimiento políticos. No es el sistema contra los críticos al sistema, sino es el sistema contra sí mismo.

Existen aún nuevos riesgos que el nacionalismo metodológico impide ver. Supone desperdiciar oportunidades para establecer estrategias políticas cosmopolitas. El terrorismo internacional es un riesgo

sin una referencia territorial. Los ataques de la red nos enfrentan a un riesgo virtual que no obedece ni siquiera a la lógica espacial. Existen riesgos intrínsecos de las nuevas tecnologías, determinadas catástrofes hacen más vulnerable a unas sociedades con una alta dependencia tecnológica. Son riesgos que provienen de dentro de las propias sociedades. No son efectos no deseados, colaterales, como adecuadamente muestra Roberto Losada.

¿No estamos dando por zanjados los viejos conflictos sociales? En la sociedad de riesgos, la desigualdad sólo cambia de apariencia. Unos producen los daños, otros se benefician de ellos, todos los sufren. No quedan eliminadas las desigualdades. No podemos restablecer la igualdad con políticas distributivas, ¿no vamos a redistribuir males? La sociedad del riesgo socializa los males y privatiza los bienes.

Existen conflictos que podemos expresar en términos clásicos: las antiguas condiciones de producción reaparecen ahora como condiciones de definición. Jürgen Trittin, ministro de medio ambiente de Alemania en 1998, al llegar al gobierno destituyó a la Comisión de Seguridad Nuclear; estaba repleta de ingenieros de las propias empresas nucleares que asesoraban al gobierno en materia nuclear. Privó, así, a la industria nuclear de una de los instrumentos que tenía para definir los riesgos.

La política energética requiere de organismos reguladores. Son las propias compañías energéticas las que dan consejos a los gobiernos. Se ha puesto de manifiesto que el Consejo de Regulador Nuclear de Estados Unidos ejerce de comercializador de las empresas nucleares. Más bien parece un monopolio de poder ejercido por

científicos e ingenieros para diagnosticar los umbrales de seguridad.

Tras Chernóbil, los científicos sólo pueden determinar la seguridad probable estadística. El Talón de Aquiles de dicha seguridad es que no se puede basar en hacer volar centrales nucleares para probar su seguridad. El accidente convierte el mundo en un laboratorio. No son los científicos sino la industria la que establece las definiciones, las cuales los políticos deciden y los científicos ejecutan.

Aquí la importancia que todos los autores dan al concepto de incertidumbre. Nos enfrentamos a incertezas producidas por los mismos que luego deben definir las y explicarlas. Son los científicos e ingenieros los que deben diferenciar los riesgos de incertidumbre. El riesgo no es una amenaza a la naturaleza, es una amenaza a la propiedad, al capital, al empleo, incluso a regiones enteras. ¿Es posible abordar la incertidumbre desde el clásico análisis riesgo-beneficio? En tal caso no debería haber problema en lograr hacerse con una cobertura de riesgos. El hecho es que no es así.

Entre el sistema normativo de control y el riesgo potencial existe la misma distancia que entre el avión intercontinental y los frenos de una bicicleta.

Roberto Losada reconoce esta distancia que debe abordar los analistas de los riesgos. ¿Qué es un riesgo aceptable? ¿Aceptable para quién? ¿Quién define los umbrales? No es lo mismo realizar una actividad arriesgada -vivir puede serlo- pero muy distinto es una sociedad que produce industrialmente riesgos. El eufemísticamente denominado riesgo residual tiene consecuencias catastróficas.

Técnica en su etimología griega se diferencia de la actividad del artesano, aquel que no hace más que convertir en acto aquello que está en la naturaleza en potencia según la física de Aristóteles. La diferencia la encontramos en la central hidráulica y el viejo molino sobre el río. La presa convierte al río en una diferencia de potencia, en otra cosa. La idea de control tecnológico del riesgo se convierte en irracionalidad tecnológica del control.

El riesgo es ese nuevo "fantasma" que recorre Europa. Contra ese espectro se han conjurado en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa. ¿Qué significado le damos al riesgo? El riesgo aparece bajo la forma del temor irracional creado por las incertidumbres, el temor a lo desconocido. Gestionar el riesgo vendría de la mano de una política de las emociones capaz de canalizar el tsunami informativo de datos que los ciudadanos no son capaces de entender. Se ha convertido en un tópico comparar la radioactividad de una nube con una radiografía. Se trata de métodos de intoxicación simbólica, a base de declarar los riesgos inocuos.

¿Y las promesas de seguridad? Esconden no pocas inseguridades. Descubrimos la impotencia institucional para dar respuestas a los nuevos riesgos, detrás viene el caso en la administración de los riesgos, ocultación de datos. Una construcción a la carta de los relatos. Después de tres meses se descubre qué pasó el primer día en Fukushima.

La prevención y precaución, como muestra Mercedes Pardo, ante las nuevas amenazas y riesgos no puede ser más que *a priori*; tras la catástrofe sólo podemos lamentar la arrogancia tecnológica. ¿Quién

lo autorizó? ¿Qué sistemas de control existían? La respuesta institucional supone minimizar los efectos. Una estrategia de amansar el miedo. Cuando es la propia tecnología la que descubrimos como irracional, irreflexiva ante los riesgos:

“Por todo el mundo, las naciones tratan de reducir los riesgos, mejorar la seguridad y prolongar la vida. De hecho, la reducción del riesgo se ha convertido en el principal objetivo de los gobiernos modernos. ¿Qué habría que hacer respecto al calentamiento global? ¿Cómo pueden las naciones manejar los riesgos relacionados con el terrorismo, incluyendo los riesgos relacionados con las armas químicas y la seguridad en los aviones? ¿Deberían los gobiernos regular o prohibir la manipulación genética de los alimentos? ¿Debería eliminarse el arsénico del agua potable? ¿Cuál es la relación entre la política energética y la protección medioambiental? ¿Deberían los gobiernos obligar a que los automóviles cumplan ciertos estándares de ahorro de combustible? ¿Podrían esos estándares hacer que los coches fueran menos seguros? Preguntas de este tipo preocupan a las instituciones públicas, no sólo a nivel nacional, sino también internacionalmente” (Sunstein 2002: viii)

El miedo no proviene tanto de la irracionalidad tecnológica. Provoca más miedo su gestión caótica. Se pretende gobernar aquello que resulta ingobernable. En el caso del *Prestige*, el 69% de la opinión pública no consideraba adecuada la gestión. El detalle importa; Apóstolos Mangouras -capitán del *Prestige*- actuó conforme al derecho marítimo: pidió ayuda para ser rescatado, y al encontrarse con el Ría de Vigo, enviado por Sasemar para

socorrerlo, no aceptó ser remolcado hasta tener autorización de su armador, lo que era absurdo y lo que constituye la acusación. Lo que dijo fue que el remolcador no le obedeciera a él sino al armador. El episodio era más escabroso, el armador del *Ría de Vigo*, Remolcanosa, pretendía alcanzar con el naviero un contrato “*Lloyd's open Form*” en Holanda que le garantizaba, aun en el caso de fiasco, el cobro del rescate más un 15% extra. Se trataba como dice Marcos Freijeiro, de “amarrar” un buque de las dimensiones del *Prestige*.

El diablo, como dice el refrán, se esconde detrás de los detalles. La definición de los detalles, el ocultar o no estos, no es tarea de inocentes. ¿El sujeto de la acción no es una entidad abstracta? *El Ría de Vigo* a las 21.00 del 13 de noviembre actuaba a cuenta de *Smidt Salvage*, cuyos servicios contrató el Ministerio de Fomento. El propio ministro de Fomento el 11 de diciembre 2002 dijo en el Congreso que había abierto expediente a Remolcanosa. Pero los relatos se construyen y se desconstruyen.

La gestión de la comunicación de los riesgos es clave. La inseguridad puede ser sometida a un cálculo. Pero mientras que la racionalidad de los fines supone un objeto de referencia concreto y delimitado, la racionalidad de los riesgos tiene una referencia abierta e indefinida. Solapar las dos racionalidades lleva a aplicar la especialización y diferenciación funcional a riesgos que obedecen a principios contrapuestos, y que, por tanto, requieren justo lo opuesto. Lo que no es racional se considera emocional, y el riesgo se domestica a base de una desintoxicación simbólica. Se trata de la gestión del miedo irracional a partir

de la gestión de sus símbolos con una adecuada comunicación.

En el capítulo de Roberto Losada se muestra cómo las sociedades perciben, interpretan y evalúan el riesgo que ellas mismas producen. ¿Existe una dicotomía entre el peligro real y el riesgo residual? El conflicto se politiza, no a tenor de los diversos intereses, sino de la interpretación y definición de sus consecuencias potenciales. La OMI señala la existencia de “puertos refugio” a lo que podían haber llevado al *Prestige*. Loyola de Palacio —entonces Comisaria de Transportes de la UE— habló de “puertos de conveniencia”, cualquier puerto más capacitado para acoger el *Prestige* lo hubiera sido.

En un enfoque social y político de los riesgos, sin necesidad de simplificar mucho, nos encontramos con encubridores y alarmistas. No se trata de percepciones subjetivas ni de disyuntivas; se trata de topologías de un mismo fenómeno. Los riesgos no son catástrofes naturales, ni siquiera catástrofes tecnológicas: un remolcador que ve la oportunidad para “amarrar” un buen contrato que acaba en tragedia; una central energética que sin refrigeración intenta mantener los sistemas “operativos”. Todo ello acaba en sátira. El riesgo sería la capacidad de, por una cadena de negligencias, provocar de forma no intencionada daños incalculables. El cálculo de probabilidades tendría una geometría variable, aspectos mucho más sociales. La tarea de la tecnología sería protegerse de fallos humanos. Ese desarrollo tecnológico nos hace más vulnerables hacia nosotros mismos. Se trata de marcar pautas de conducta para la no exposición innecesaria al riesgo.

Las instituciones también se exponen a riesgos. ¿Se puede reducir este riesgo al de una comunicación malograda? La pregunta que surge es cuál sería la comunicación exitosa, si existiera. No basta señalar que existe una democracia mediática. Los expertos en comunicación de riesgos ofrecerían las herramientas para esta comunicación exitosa. Son los nuevos profesionales de la sociedad del riesgo, capaces de diseñar mensajes tranquilizadores, que provoca el efecto opuesto: acaban generando ansiedad. La confianza es tan volátil como la credibilidad.

En el caso del *Prestige*, los medios de comunicación fueron amplificadores, sean estos del gobierno como de la oposición. ¿Es un ejemplo de malograda comunicación del gobierno y sus medios de comunicación? ¿Un éxito de la oposición? El relato está construido sobre declaraciones institucionales. Incluso existía un protocolo de actuación aprobado diecinueve meses antes. ¿No se aplica las normas de contingencia?

Las campañas agresivas de control, presuponen confiar la gestión de la catástrofe en una comunicación exitosa. Esta debe de combinar la gestión de las emociones en la comunicación y ofrecer confianza. Las ocultaciones y contradicciones son las que corroen la credibilidad de las instituciones. Se acaba por transmitir el caos organizado y una sensación de inseguridad. Atrincerarse en las fronteras institucionales, armados por la legitimidad institucional, no hace más que agravar la situación.

¿Existe democracia representativa más allá de los parlamentos, los consejos de administración y los gobiernos, cuando

no son capaces de representar el interés general? Greenpeace puede entrar en la escena política global, siendo un actor no “autorizado”, maticemos, sin atender al principio de representatividad institucional organizada, por tanto sin legitimidad democrática, pero con legitimidad moral para representar el interés del bien común (en este caso el medioambiente) de generaciones actuales y futuras.

Mientras la racionalidad de los fines se puede delimitar, la racionalidad de los riesgos es por definición abierta e indeterminada, de manera que en el conflicto que genera no hay forma de delimitar los “afectados”. No están delimitados por la lógica de representación social e institucional. No es un obstáculo sino un potencial para establecer coaliciones que se saltan las convenciones y los límites. La imagen de riesgo natural hace creer que el cambio climático, por ejemplo, es un problema del oso polar, con el que mostramos nuestra solidaridad, en lugar de un conflicto social y político. Una sociedad construida sobre la base de compartir riesgos exige un esfuerzo de apertura de sus instituciones.

Las catástrofes son también oportunidades. Fukushima llevó a Alemania al abandono de la energía nuclear de forma más rápida, lo cual está significando una oportunidad para las energías renovables, pero también una oportunidad para sociedades que sean capaces de constituirse en sociedades de riesgo. Las instituciones deberían estar preparadas para respuestas que no sean la ocultación o minimización de los riesgos.

Cuál es el rumbo que ha de tomar el desarrollo, realmente, sostenible como plantea Iván López en su capítulo. Exige

liderazgo, poder utilizar la presión social y el conflicto social como fuerzas motrices de las respuestas sociales y políticas. La Unión Europea tiene ese esquema clásico que va de las presiones, la demanda, los conflictos, las respuestas, que a su vez, alimenta el proceso de cambio político.

En cierto modo la Unión Europea establece metas de desarrollo sostenible manteniendo el mismo modelo insostenible de gestión. Incluso sus instituciones que van más allá de los que son estrictamente estatales, reproducen esquemas excesivamente burocráticos, siendo un híbrido de mercado y burocracia, ni siquiera cuenta con una sociedad civil, ni opinión pública más allá de las organizadas en los estados.

La solución cínica que plantea Niklas Luhmann (1986) a los riesgos es que mientras las catástrofes no se hagan públicas, éstas no tienen efectos sociales ni políticos. Dicho de otro modo, la chispa de la protesta no salta desde los tóxicos, sino desde la definición de toxicidad. Las políticas tranquilizadoras sólo pueden traer ansiedad e inquietud. Sólo quien pregunta por los límites de inocuidad y tolerancia de los tóxicos, establece valores límites, amenazas aceptables, etc., destapa los riesgos subyacentes en toda la política tranquilizadora.

El concepto de miedo repentino, del miedo “irracional”, permite tratar de modo psicológico los riesgos, y las alteraciones de la percepción social acallando las resonancias sociales. El cálculo del riesgo y sus consecuencias solo basado en las probabilidades estadísticas, dejando fuera las circunstancias específicas, no sería consecuencia de una modernidad desarrollada sino incompleta, señala Ulrich Beck (1988).

En suma, este libro colectivo aborda ampliamente, desde la teoría a la práctica, un asunto de pleno interés social y académico, como es el riesgo medioambiental.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Associated Press. 2011. "As Fukushima bill looms, nations weigh dilemma: nuclear plants viable only when uninsured". *Washington Post*, 21 April. Accesible on-line: http://www.washingtonpost.com/business/as-fukushima-bill-looms-nations-weigh-dilemma-nuclear-plants-viable-only-when-uninsured/2011/04/21/AFrwGDHE_story.html
- Beck, U. 1988. *Gegengifte. Die organisierte Unverantwortlichkeit*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

- Beck, U. 2007. *Weltrisikogesellschaft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Cass, R. Sunstein. 2002. *Risk and Reason. Safety, Law and the Environment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Luhmann, Niklas. 1986. *Ökologischen Kommunikation. Kann die moderne Gesellschaft sich auf ökologische Gefährdungen einstellen?*. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Ortega, J. 2011. "Un reglamento cuestionado". *La Vanguardia*, 8 de Abril. Accesible on-line: <http://www.lavanguardia.es/opinion/articulos/20110408/54137154287/un-reglamento-cuestionado.html>

JORDI ORTEGA
Universidad Carlos III de Madrid